

¡Yo creo que los muchos desengaños  
que dan los hombres de malicia henos,  
matan todos los años  
un millón de Eloísas por lo menos!

## VII

Pues, como antes decía,  
entre risueña y grave,  
así le habló á una amiga que tenía:  
— Si mañana me muero,  
me esconderás aquí, junto á esta llave,  
una carta que espero. —

Y ya cumplido este deber postrero,  
el más caro tal vez de sus deberes,  
vuelve á guardar la llave  
(que sólo Dios lo que encerraba sabe)  
en aquel pecho hermoso,  
ese rincón de cielo misterioso  
donde todo lo esconden las mujeres.  
Y al ver que su esperanza era ilusoria,  
y la carta esperada no venía,  
— ¡Cuánto siento — añadía —  
morir sin aprenderla de memoria! —  
Y acabada esta frase,  
sintiendo ya acercarse su agonía,  
la carta que pensaba que llegase  
la estrujó entre sus manos todo el día.

## VIII

Mientras su alma enervando  
se iba al calor de su divino fuego,  
fué su cuerpo acabando  
primero el hambre y la tristeza luego;  
y de tal penitencia aniquilada,  
como ni ver ni articular podía,  
ya en lo eterno infinito se perdía  
lo mismo que su acento su mirada.  
Presa ya de una angustia intermitente,  
de una manera lúgubre tosía,  
y como lentamente  
se iba haciendo su tez más transparente,  
su espíritu divino parecía  
que alumbraba su cuerpo interiormente.

## IX

Hasta que al fin un día, un triste día,  
la cabeza inclinando,  
que una gorra de encajes envolvía  
sujeta por debajo de la barba,  
se oye un tartamudeo de agonía:  
con los dedos las sábanas escarba;  
distribuye unos éxtasis mirando;

se cubre de una sombra su semblante;  
y en su lucha tenaz de agonizante  
vuelve á caer y alzarse, y titubea;  
una oleada de frío serpentea;  
y hundiéndose de pronto su martirio  
en la inmersión de un celestial delirio,  
en el último instante de su vida  
ve en un fondo de luz desconocida  
lo que al morir, como al vivir, desea,  
y es una carta, en su ilusión fingida,  
en cuyo sobre dice: «A Dorotea.»

## X

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo  
el triste fin de la que fué su encanto,  
sentía, como Dante, aquel deseo  
de suspirar y de morir de llanto.  
— ¿Ha muerto? — el pobre Justo preguntaba  
en el tono más alto del lirismo;  
— ¡Qué desgracia! — exclamaba —  
¡yo que la iba á escribir mañana mismo! —

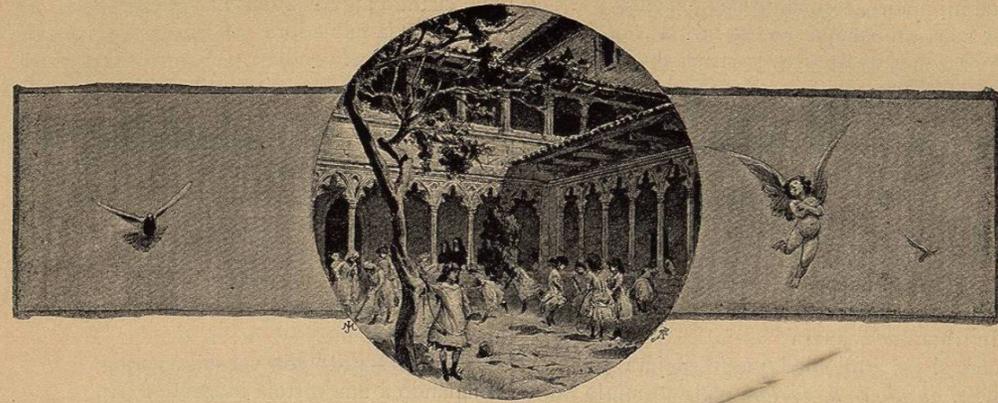
## XI

Nunca escribió la carta deseada,  
pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho,  
ni ha sido más predicho,  
ni Cristo fué tal vez más deseado.  
Por eso estaba loco, ó casi loco;  
mas ¿qué culpa tenía el inocente  
si siempre, como á mí, le faltó un poco  
para ser diligente?

El caso es que lloraba sin consuelo,  
porque era bueno, bueno, y, lo repito,  
aunque nunca escribió, ni hubiera escrito,  
¡oh fiel imagen de las cartas mías!  
tan cierto es como Dios está en el cielo,  
que, amándola infinito,  
él pensaba escribir todos los días.

## XII

Y era su pena tanta,  
que ahogaban los sollozos su garganta.  
Mira al cielo con aire reverente;  
é implorando el auxilio de este modo  
del Ser que en todas partes lo ve todo,  
pidiéndole perdón por sus agravios,  
en oración mental mueve los labios;  
y hasta, en medio de un bíblico arrebato,  
casi escribir promete el insensato  
aquella carta que quedó en idea,  
cuando mira entre luz á Dorotea,  
que desde el cielo le decía: — ¡ingrato! —



## EL QUINTO NO MATAR

POEMA EN UN CANTO

Carta escrita á la niña PEPITA SANDOVAL Y KRUS, con motivo de la muerte de mi ahijada Guillermina.

## I

Con que ¿imperiosamente  
me mandas en tu carta peregrina  
que te diga á tí cosas y te cuente  
la historia de mi ahijada Guillermina?

En cuanto á tí, á quien amo tiernamente,  
te diré, ¡qué sé yo! que eres divina;  
y con respecto al ángel de pureza  
de unos ojos tan grandes y tan bellos  
que se veía en ellos  
cuanto más grandes eran, más tristeza,  
te contaré que es tan fatal mi suerte,  
que soy como aquel bardo de la historia  
que, mientras tuvo voz, arpa y memoria,  
cantó á una niña *ausente por la muerte*.

## II

Con un mirar muy dulce y concentrado,  
lo pobre ahijada mía,  
como el tuyo, tenía  
un aire serio, encantador y honrado.  
Tú sola eres tan bella;  
tú eres como ella el sol más hechicero;  
y tú también, como ella,  
eres un ser que con el alma quiero.

Sus pestañas llevaban  
el pudor y la sombra cobijados,  
y, con serena majestad, sombreaban  
sus ojos, por modestia algo asustados;

y como, en torno de ellos, se sentía  
la seducción que viene desde adentro,  
donde quiera que estaba, ella era el centro  
de un grande remolino de alegría.

Mórbida y gruesa con igual encanto,  
era airosa aun cubierta con un manto;  
y de salud y de bondad modelo  
se parecía al serafín de un cielo;  
pues, cual si un ángel de Murillo fuera,  
á la luz de un candor inextinguible,  
aquella niña buena y hechicera  
parece que podría, si quisiera,  
ser impalpable, es más, ser invisible.

## III

Un día aquella niña candorosa,  
avezada á las tiernas efusiones,  
con cierta ortografía caprichosa  
me escribió estos renglones  
(que los copió, dictándose los ella,  
otra *Licurga* grande y menos bella),  
cuyas letras, cual notas musicales,  
en fantásticas formas dibujadas,  
recordaban, en grupos desiguales,  
los dedos misteriosos de las hadas:  
— «Padrino, ven, ó moriré de espanto:  
de veras te lo digo.  
Como en un mes he padecido tanto,  
tengo un hambre voraz de hablar contigo.

»¡Cuánto recuerdo, de ternura llena,  
que mi madre, formando mis delicias,  
me solía probar que yo era buena  
con razones de abrazos y caricias!

»¡Qué diferencia de hoy, padrino mío!  
¿Recuerdas que, al traerme á este convento,  
porque hacía en el coche mucho frío,  
los pies me calentabas con tu aliento?

»Ven pronto á que te cuente  
la causa que mis males ocasiona:  
y después, francamente,  
me dirás si una tórtola es persona.

»Lo que está aquí pasando es hasta impío.  
Me tratan de manera  
como si yo, á mi edad, ya no supiera  
que *el quinto es no matar*, padrino mío!»

## IV

¿El quinto no matar? ¡Virgen María!  
en mi interior decía.

¿Si aquel coro adorable  
de angelitos de Dios, allí metido,  
habrá por inocencia cometido  
alguna atrocidad inconfesable?

Pero luego pensé, Pepita amable,  
que el ser mala, á tu edad, es ser divina;  
y abrigué la esperanza inapreciable  
de que la gran culpable  
lo fuese mi adorada Guillermina,  
porque, lo mismo á mí que á todo viejo,  
en materias de gracia femenina  
me hace feliz el género diablejo.

Y al convento marché sin mucha pena,  
pues fui compadeciendo  
á la niñez que, de inocencia llena,  
va de un grano de arena  
una montaña haciendo;  
hasta que, el tiempo andando,  
por un gentil error de óptica extraña,  
su tamaño achicando,  
llega por fin, bajando,  
á ser grano de arena la montaña.

## V

Llegué y reinaba en el asilo santo  
un silencio profundo,  
hijo sin duda del terrible espanto  
que he de contar, aunque se asombre el mundo.

Es el caso, que un día  
las pensionistas con horror supieron  
que, cuanto ellas pensaban, se sabía;

y, además, advirtieron  
que cuando alguna averiguar quería  
quién era la habladora  
que á las niñas vendía,  
— Todo, todo — la anciana directora —  
me lo cuenta á mí un pájaro — decía.  
E irritadas, al pájaro buscando  
con febril movimiento,  
las niñas conspirando  
un plácido rumor iban formando  
de hojas de flor movidas por el viento;  
hasta que, al fin, llegando  
el terrible momento,

una niña valiente  
— ¡Ésa es! — gritó con varonil acento,  
señalando á una tórtola inocente  
que amaba con pasión la directora;  
y luego otra oradora  
todavía más fiera y elocuente,  
aseguró que, decididamente,  
la tórtola era mala y habladora.  
Y juzgándola autora de sus males,  
á morir á la tórtola condena  
aquella reunión de criminales  
que imitaba, afilando sus puñales,  
el ronco despertar de una colmena;  
y siguiendo á la vaga teoría  
la insurrección armada,  
al ave calumniada  
que en el convento había  
(y que por viuda y tórtola tenía  
la desdicha de ser dos veces triste),  
aquella desalmada compañía,  
con la gracia á que nada se resiste,  
no la volvió ya á echar, desde aquel día,  
migas de pan revueltas con alpiste.

## VI

Poco después el pájaro inocente  
murió; mas claramente  
adivinar se deja  
que, por otras cuidada, dulcemente  
la tórtola feliz murió de vieja

Mas ¡oh qué crueldad, Pepita mía!  
en términos fatídicos y oscuros,  
la anciana directora, que creía  
que es digna de castigo la alegría,  
á aquellos seres puros  
los acusó de corazones duros;  
pues creen algunas, de ternura ajenas,  
que á las muchachas, ángeles sin alas,  
aunque les cause penas,  
para que sean buenas  
es forzoso decirles que son malas;

y por eso, con aire pensativo,  
ya no alegraron el retiro santo  
con el candor nativo  
de aquellas risotadas sin motivo  
que de las niñas son la voz y el canto;  
y era tal el espanto  
que de noche sentían,  
por si en la sombra aparecer veían  
el espectro del pájaro ofendido,  
que, despiertas, de miedo que tenían,  
se hacían compañía haciendo ruido.

## VII

Mas tú preguntarás: Y ya pasadas  
esas tristes jornadas  
que de un hombre honrarían el denuedo,  
¿qué hacían las terribles conjuradas?  
Como siempre, espantadas,  
rezar juntas, llorar y tener miedo;  
y más cuando la niña tan valiente,  
acobardada ahora,  
se atrevió á preguntar tímidamente:  
— ¿Las tórtolas, señora,  
tienen, lo mismo que nosotras, alma? —  
Y, admirando el candor, la directora  
— ¡Vaya si tienen! — respondió con calma.  
Y al oír tal sentencia,  
lo mismo que unas pobres golondrinas  
temblarían de un buitre en la presencia,  
aquella sociedad de Catilinas  
sintió remordimientos de conciencia.

## VIII

Y hasta aquella preciosa criatura  
que, objeto de mis ansias más constantes,  
llegué á abrazar poco antes  
de empezar su postrera calentura,  
al hallarme á su lado, tiernamente  
suspiró, más que dijo, lo siguiente:  
— Soy muy mala, es verdad, mas no me riñas. —  
Y continuó, mirándome de frente  
con unos ojos grandes, todo niñas:  
— Porque apurada ya nuestra paciencia  
dejamos morir de hambre  
á una tórtola bruja y habladora,  
la madre directora  
á todos asegura  
que somos un enjambre  
de niñas sin conciencia,  
sin más Dios que el placer y la hermosura.  
— Cuenta, cuenta, hija mía,  
lo que de tí la tórtola decía, —

dije á la pecadora  
que confesaba, trémula y sumisa,  
la muerte de la tórtola habladora  
con una turbación que daba risa;  
y poniendo en su voz el tono amante  
que hace divina la palabra humana,  
sigue así, mientras brilla su semblante  
con toda la hermosura del mañana:  
y ¡oh, qué grato es oír cómo nos cuenta  
sus muchos desengaños  
una boca de miel de pocos años  
á unos torpes oídos de cincuenta!

— Cuando yo me dormía —  
la niña proseguía —  
la tórtola, mirándome á la frente,  
todo cuanto soñaba me veía,  
por más que, con cuidado  
al dormirme, acostándome de lado,  
con el brazo hasta el pelo me cubría.

Por aquella habladora,  
cuya muerte hoy á todas nos aqueja,  
supo la directora  
que por ser, cual mi madre, una señora,  
tengo yo mucha prisa de ser vieja:  
y no falta quien jura  
que le dijo que yo, por no ser buena,  
la lectura amo más que la costura,  
y que cualquiera música que suena  
me gusta mucho más que la lectura:  
que soy tan vanidosa,  
que, si cojo una luz, de amor avara,  
me la acerco á la cara  
para que vean bien que soy hermosa:  
que tengo sentimientos inhumanos,  
porque á veces, muy pocas, se me olvida  
besar el pan que, estando distraída,  
se me suele caer de entre las manos:  
que el semblante risueño  
acostumbro á poner por cualquier cosa,  
y los dientes enseño  
porque, estando resuelta á ser graciosa,  
nunca sé desistir de tal empeño:  
que el ser pobre me pesa;  
y que tal fe la vanidad me inspira,  
que sueño que soy reina, y es mentira,  
porque suelo soñar que soy princesa:  
y en fin, que soy tan loca,  
que sólo pienso en cosas imposibles... —  
Y diciendo otras gracias indecibles  
con un beso después cerré su boca.  
Y mientras yo estrechaba  
sus manos con las mías,  
y ella en seguir contando se empeñaba  
su serie de preciosas niñerías,

ya á perturbar su clara inteligencia  
la fiebre comenzaba,  
y exaltada la niña, en su inocencia,  
á intervalos serena, prorrumplía:  
— Si escuchase estas cosas, ¿qué diría  
mi padre, que es tan bueno, y me enseñaba  
la piedad, el perdón y la paciencia? —

## IX

Como á la estancia aquella  
un extenso jardín la circundaba,  
junto á la niña enferma se aspiraba  
un perfume de flor que se ignoraba  
sí procedía del jardín ó de ella.

Crecía con el mal la calentura,  
y, ya oraba la pobre criatura,  
ya uniendo las ideas con trabajo  
me acariciaba hablándome muy bajo;  
y cuando ya, inconexos, terminaban  
los rezos que sus labios dedicaban  
á su padre, á su madre y sus hermanos,  
poniéndolas en cruz, se acariciaban  
cual dos palomas sus redondas manos.

Y en el postrer momento  
fué la tórtola viuda  
su gran remordimiento,  
pues eran tal su horror y sentimiento,  
que el alma de aquel pájaro sin duda  
inquieta al morir su pensamiento.  
¡Así, niña querida,  
á aquella criatura  
cuya memoria pura  
tendrá fin con mi vida,  
después de tan horrible calentura,  
llegó la muerte y la llevó dormida,  
mientras yo, inconsolable,  
cuando su almita desplegaba el vuelo,  
por la parte del cielo  
oía cierta música inefable!...

## X

De este modo llegó, como jugando,  
el más largo y más hondo de mis duelos.  
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando  
sueños del hombre y nubes de los cielos!  
Y ¿nunca más, alma del alma mía,  
he de volver á verte?  
¡Cuánta razón tenía  
la antigua poesía  
que puso al lado del placer la muerte!  
¡Adios, días serenos,  
que, hundiéndolos de la noche en el abismo,  
dejáis mis ojos de tinieblas llenos!

¡Murió! ¡Cómo ha de ser! ¡Siempre lo mismo!  
¡Una tristeza más, y un sueño menos!

## XI

¡Llora por mí, Pepita encantadora;  
y hoy que el pesar mi corazón traspasa,  
ven, por piedad, á reemplazar ahora  
á aquella ave cantora  
que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!

Tu mano compasiva  
cierre mi herida para siempre abierta,  
porque es muy justo que la niña viva  
me alivie de la pena de la muerta.  
Y evitando el atroz remordimiento  
de no ser fiel al quinto mandamiento,  
te ruego, por lo mucho que me quieres,  
hada, como ella, buena y hechicera,  
que mientras seas niña, como hoy eres,  
no ofendas á una tórtola siquiera:  
y teniendo presente la experiencia  
de aquella criatura  
de quien fué el torcedor de su conciencia  
un pájaro, que es sólo en la Escritura  
emblema del candor y la inocencia,  
cuando llegues á ser en adelante  
más amada que amante,  
como una mujer bella es tan terrible,  
¡honor de Portugal, gloria de España!  
al poner esos ojos en campaña  
no mates á ninguno, si es posible.

## XII

¡Santo Dios! ¡Quién creería  
que, antes que yo, á la tumba bajaría  
la que, templando de mi edad las penas,  
junto á la mar un día y otro día,  
rebotando alegría,  
después de coger conchas y azucenas  
mecida en mis rodillas se dormía!  
¡Adelante, ansias mías, adelante!  
Muramos con la niña idolatrada.  
Mas ¡ay! si para el pobre caminante  
es larga todavía la jornada,  
¿no habrá un recuerdo amante  
de mi vida pasada  
que á aligerar constante  
venga el dolor de mi alma destrozada?...  
¡Gracias, gracias, espíritu radiante  
de mi madre adorada,  
porque al verme llorar, desconsolada,  
has venido á abrazarme en este instante!

## LA CALUMNIA

FORMA EN DOS CANTOS

Dedicado á mi querido amigo y paisano el Sr. D. Cayetano Sánchez y Bustillo

## CANTO PRIMERO.—DICEN QUE DICEN...

## I

Es Marcela una esposa honrada y bella;  
pero Jorge, su esposo,  
ó por falta de juicio, ó por celoso,  
ve con despecho gravitar sobre ella  
el peso de un enigma misterioso.

Aunque Marcela ignora,  
como alma casi exenta de pecado,  
qué causa le ha robado  
el corazón del hombre á quien adora,  
esa innoble y común maledicencia  
que añade á lo entrevisto lo inventado,  
con reticencias viles  
va trazando, trazando, de ella en torno  
los siniestros perfiles  
de unas vagas sospechas sin contorno;  
y siendo una beldad tan candorosa,  
y de pureza tanta,  
que apostar se podría cualquier cosa  
á que, más que mujer, es una santa,  
ya siente una tristeza sin objeto,  
pues sabe que en la vida  
se hace verdad mentira repetida;  
y aunque lleva en sí misma su respeto,  
para arrancar del corazón humano  
la dicha y el reposo,  
basta el aire sutil de un dicho vano,  
como basta un gusano  
para perder el fruto más hermoso.

## II

Lo cierto es que Marcela, que era buena,  
llegó á saber con pena  
que su nombre llevaba  
el sello de un destino misterioso,  
y á creer comenzaba  
que una fuerza invisible la arrastraba  
envuelta en un torrente cenagoso,  
pues una vez que con su airoso talle  
de algunos hombres la atención se atrajo,  
dijo uno de ellos, al volver la calle:  
— Tiene esa joven... — y se hablaron bajo.

## III

Y en sitios y ocasiones diferentes,  
escuchando á esas gentes  
que de todo maldicen,  
con terror este diálogo oyó un día:  
— Dicen que dicen... — una voz decía.  
— Pero ¿qué dicen? — ¿Qué? Dicen que dicen...  
Así era su virtud inmaculada  
poco á poco empañada,  
con ese vago modo  
con que acostumbra á suponerlo todo  
el que no sabe nada;  
pues es cosa probada  
que la calumnia astuta  
crece también entre la gente honrada  
como en un bosque virgen la cicuta.

## IV

Mas ¿por qué Jorge, que á sentir comienza  
un malestar no exento de vergüenza,  
sabiendo que Marcela es inocente  
y siendo él además tan buen marido,  
de noble y de galán se ha convertido  
en un hombre vulgar é inconveniente?  
¿Por qué? Porque en calumnia convertida  
cualquier maligna chanza,  
la más serena vida  
llega á ser un infierno sin salida,  
sin amparo, sin luz, sin esperanza.

Y como de ella al corazón herido,  
cada vez más la duda la exaspera,  
ya mira á su marido  
con un poco de lástima altanera;  
y el desdichado esposo,  
con rostro enjuto y aire desdeñoso,  
teniendo al qué dirán un miedo horrible,  
duda, observa, medita, y meditando  
si alguna acción perjura  
es posible en Marcela ó no es posible,  
consigo mismo á intervalos hablando  
á media voz monólogos murmura,  
que esta es la presunción inevitable  
de una lógica impura:  
mujer posible, es tentación probable;  
mujer probable, es tentación segura.